



José Manuel González Herrán

La Tribuna», de Emilia Pardo Bazán, y un posible modelo real de su protagonista

-1-

Dentro de la densa producción novelística de doña Emilia Pardo Bazán, *La Tribuna* (1882) es tal vez su obra más sugestiva para el lector de hoy. Al margen de los problemas estilísticos que plantea (no olvidemos que se publica en el mismo año en que su autora inicia en el periódico «*La Época*» su serie de artículos sobre el naturalismo -que recogerá en *La cuestión palpitante* [1833]-, por lo que fue recibida como una puesta en práctica del credo naturalista, hay dos aspectos en la novela que la convierten en muy próxima a los intereses y preocupaciones de los españoles de estos tiempos. Nos referimos, claro está, de un lado, a lo que el relato supone de reflejo novelístico, -6- pero de gran valor testimonial, de uno de los acontecimientos más importantes de nuestra historia contemporánea: la proclamación de la I República, en 1873 -cuyo aún próximo centenario ha servido para replantear muchos de los problemas de aquella fugaz experiencia política-, tal como repercute en una ciudad provinciana, La Coruña, levemente enmascarada por doña Emilia con el nombre literario de *Marineda*. En efecto, si *La Tribuna* es en su trama argumental la historia de una relación socialmente imposible entre una proletaria, la cigarrera *Amparo*, y un burgués, el joven teniente *Baltasar*, que desemboca en el embarazo de aquélla y el nacimiento, en las últimas páginas, del hijo de ambos, también puede ser leída la novela como el proceso de gestación, a lo largo de la crisis política del invierno de 1872-1873, y «alumbramiento», en febrero de este último año, de la I República Española; gestación y alumbramiento tan sincronizados con los del hijo de

la cigarrera, que cuando éste nace una voz grita en la calle: «¡Viva la República Federal!».

Pero también, y sobre todo, La Tribuna es probablemente la primera novela de protagonismo y problemática obrera de nuestra literatura. Amparo, «la Tribuna», no sólo es una defensora del régimen republicano, en su versión federalista, con un fervor político que, en su ingenua sinceridad, hacen de este personaje uno de los más atractivos de la novelística española del XIX; la cigarrera es, fundamentalmente, un líder obrero, cuya labor abarca desde la concienciación y adoctrinamiento de sus compañeras de trabajo, a través de las ardorosas lecturas hechas en voz alta de la prensa republicana, hasta la incitación a la lucha obrera cuando sus derechos laborales no son respetados por los patronos; llegándose a la curiosa paradoja de que una aristócrata, aunque moderadamente liberal, como era la Condesa de Pardo Bazán, nos haya dejado una de las más vibrantes descripciones de una huelga obrera (y una huelga de las que la moderna terminología sindicalista no dudaría en calificar de «salvaje») que hay en nuestra literatura.

Pues bien, lo que a nuestro juicio supone el rasgo de mayor modernidad de la novela que nos ocupa, y que muestra una intuición política notable de su autora, es el perfecto engarce que, tanto en la trama como en el personaje, se da entre ambas dimensiones, la «sindical» y la «política». Parece como si la protagonista tuviese plena conciencia de que, en el fondo, sus luchas se reducen a una sola, puesto que al defender al régimen republicano está defendiendo a su clase; y que sus enemigos en la huelga son, en definitiva, los mismos que tiene la República que ella, con sus medios, ayuda a gestar. El problema es muy interesante y pensamos que merecería más atención que la que las líneas anteriores sugieren. Pero nos interesaba apuntarlo para plantear la cuestión que motiva estas notas: ¿Cuál fue el proceso de creación de este curiosísimo, complejo y tan bien dibujado personaje, que no dudamos en considerar como uno de los mejores femeninos de nuestra novelística del XIX? ¿No será -nos hemos preguntado más de una vez- un «apunte del natural», como tantos otros que hay en la novela?

En efecto, gracias a las investigaciones de Carmen Bravo Villasante y Benito Varela Jácome, sabemos que doña Emilia estudió con detalle, digno del rigor naturalista que teóricamente propugnaba, muchos aspectos de la novela, llegando a realizar repetidas visitas a la fábrica de tabacos de La Coruña para conocer «in situ» el ambiente, los personajes y las actividades que trataba de retratar. En este sentido, los párrafos en los que describe el proceso de elaboración de los cigarros, o el ambiente de las obreras de la fábrica revelan un cuidadoso estudio y una fina capacidad de observación. Por supuesto que no podemos pretender que todo en la novela sea «apunte del natural»; la Pardo Bazán dio cumplidas pruebas a lo largo de su producción narrativa de su capacidad fabuladora, aunque la realidad fuese siempre su punto de partida.

Pues bien, si no nos equivocamos, también en la creación del personaje de Amparo, «la Tribuna», tuvo la novelista coruñesa la realidad como punto de partida, aunque, curiosamente, esta realidad no se localizase en su «Marineda» natal, sino en otra ciudad tan semejante a aquella en muchos aspectos: Santander.

En efecto, como nos recuerda un libro recientemente aparecido, en el Santander de los días en que se proclamó la República del 73 parece que fue popular una cigarrera conocida como «La Republicana» por su entusiasta defensa de tal ideología. La noticia se recoge con curiosos pormenores en las interesantísimas Memorias de uno a quien no sucedió nada (1922), de Enrique Menéndez Pelayo, poeta y periodista, hermano del insigne don Marcelino, libro hoy raro, del que transcribimos los párrafos que a nuestro propósito importan:

«Del nuevo régimen político que siguió al efímero reinado del Duque de Aosta me han quedado en el oído los compases de una habanera, y en la retina, la figura de una mujer que empuñaba una bandera roja. La habanera era número obligado en todas las serenatas callejeras de aquellos días, y la mujer, personaje muy principal en cuantas fiestas o manifestaciones republicanas se celebraban en la ciudad.

(...)

La Republicana, como se la llamó hasta su muerte, era una honrada cigarrera, llamada -si yo no enmaraño los recuerdos- Agueda Montes, entusiasta por las glorias del gorro frigio y por los políticos que la encarnaban. Venía a ser, en la historia de nuestra política femenina, como la contraposición de la Paulita, verbo popular del dinastismo santanderino.

(...)

Vaya usted a saber de qué oscuros orígenes sentimentales nació en estas dos buenas mujeres el tomar partido por una u otra forma de gobierno. (...) Acaso a La Republicana llevola a serlo su respeto y admiración por alguno de los que aquí alzaron tal bandera; acaso oyó una vez la palabra candente, y por excelencia tribunicia, de Castelar, cuando por aquí pasó agitando a las gentes».

(Cap. IV, págs. 25 y 26.)

El texto es, pensamos, demasiado sugestivo como para no ser tenido en cuenta: si observamos algunas de sus frases, nos encontramos una serie de rasgos que constituyen otros tantos del retrato de Amparo, «la Tribuna»: la figura de una mujer que empuñaba una bandera roja... personaje muy principal en cuantas fiestas o manifestaciones republicanas se celebraban en la ciudad... entusiasta por las glorias del gorro frigio y por los políticos que la encarnaban... acaso oyó la palabra candente, y por excelencia tribunicia (¡qué sugestiva esta palabra!) de Castelar cuando por aquí pasó agitando a las gentes...

Por supuesto, el dato que Enrique Menéndez Pelayo nos proporciona, más que resolvernos la cuestión, nos plantea otras muchas en las que habría que profundizar. Siendo estas notas una simple aproximación -con cierto carácter de urgencia-, y en espera de ulteriores comprobaciones (y aportaciones), nos limitaremos a apuntar algunas sugerencias.

La primera de aquellas cuestiones debe ser, sin duda, la referente a cómo y cuándo pudo tener noticia doña Emilia de tal personaje. Teniendo en cuenta la personalidad del autor cuyo testimonio hemos recogido, y el

hecho de que, según dice Carmen Bravo, la Pardo Bazán inicia su correspondencia con don Marcelino en 1879 -tres años antes de la publicación de la novela-, podría pensarse que tal vez fuese dicha correspondencia el vehículo de tal información. Aunque, la verdad, nos cuesta imaginar, a la vista de algunas de esas cartas, que ambos sabios ocupasen su correspondencia en asunto tan anecdótico. En cualquier caso, sería preciso que Carmen Bravo, conocedora de esa correspondencia -en parte, creemos, aún inédita- indagase en ese punto.

Otras posibles «fuentes de información» a través de las cuales le llegase a la escritora coruñesa la noticia de un personaje, aunque popular en la ciudad cántabra, muy probablemente desconocido fuera de los límites locales, presentan dificultades cronológicas prácticamente insalvables. Así, por ejemplo, en aquel círculo que, en los veranos santanderinos, y a través de la correspondencia, integraba a figuras como Pereda, Galdós, la familia Menéndez Pelayo, Laverde, Narcís Oller, Valera, Clarín (y, más adelante, tangencialmente, la condesa de Pardo Bazán) no sería extraño que se comentase el caso de «La Republicana». Ahora bien, la incorporación de doña Emilia a ese círculo -tangencialmente, como hemos dicho, y a través de Galdós- no tiene lugar, según Carmen Bravo, hasta el verano de 1887, en el que «con el pretexto de tomar las aguas sulfurosas en el balneario de Ontaneda, se acerca a Santander donde veranea el escritor».

Nos queda tan sólo la posibilidad de que fuese a través del novelista canario, asiduo veraneante en Santander desde 1871, y, por ende, probable conocedor del anecdotario local, como pudiese llegarle a la condesa la noticia que nos ocupa. Tengamos en cuenta que, según deduce Bravo-Villasante, -7- la relación Pardo Bazán-Galdós data, por lo menos, de 1881, precisamente el año en que, con mucha probabilidad, redactaba La Tribuna. Noticia que no necesariamente habría que buscar en la correspondencia entre los dos escritores, sino que, lo que sería más lógico, surgiría de un comentario verbal, en un intercambio de anécdotas, curiosidades, posibles temas novelables.

Otros puntos habría que comentar, cuya investigación apoyaría -o refutaría- nuestra idea: por ejemplo, cabría indagar en otras fuentes santanderinas (periódicos, anecdotarios, memorias, etc.) más noticias sobre esta Agueda Montes, «La Republicana», con el objeto de completar su retrato y establecer una mejor comparación con Amparo, «La Tribuna». En este sentido sería también interesante indagar en la posibilidad de que, a la aparición de la novela, en Santander se señalase este paralelismo que, lógicamente, alguien debió notar.

De otra parte, el recuerdo santanderino estaría presente en la novela no sólo en el modelo de su protagonista, sino también en la presencia de esos «Delegados de Cantabria» (esto es, Santander), cuya llegada a Marineda supone el momento culminante del fervor «federalista» de la cigarrera. Es este otro punto en el que pensamos sería útil indagar los posibles modelos reales.

Por último, y sin agotar las posibilidades que el tema supone, quisiéramos insistir en un punto que tal vez apoyaría nuestra opinión: la alusión a la palabra tribunicia de Castelar en el texto de E. Menéndez Pelayo, podría ponernos tras la pista de ese elocuente orador y patriarca que convierte a Amparo al republicanismo federalista, lo cual casaría bien con la

declarada admiración de doña Emilia por el verbo castelano.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

